

AL SERVICIO DEL EVANGELIO

Emperatriz Arrobo ss.cc
Superiora General

INFO SS.CC. HERMANAS N°28 – 20 DE JULIO 2015

“Celo Misionero”



“¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!”(1 Co 9,16). Pablo experimenta como una urgente necesidad y compromiso, la misión de anunciar el evangelio, y en nombre de esta misión se hace servidor de todos. Tiene la profunda convicción de que el Evangelio valoriza el empeño de dedicar la vida al servicio del Amor. Su pasión por anunciar el evangelio brota del profundo deseo de compartir con los más cercanos y los más lejanos, el don del encuentro con Cristo, el don que el mismo ha recibido. Dios le tocó el corazón, le abrió los ojos y su vida quedó transformada; no podía ni quería hacer otra cosa, que dar testimonio de lo que Dios había hecho con él, de su encuentro con Jesucristo; y no cesaría de decir a todos, de quien se había fiado, del tesoro que había encontrado en Jesús.

“¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!”

Como se pueden dar cuenta en las cartas de los últimos “INFOS” estoy tocando temas muy conectados unos con otros: comunidades evangélicas generadoras de vida, re-encantadas con nuestra vocación y misión SS.CC. y celo misionero; sin embargo cada uno tiene su especificidad e importancia, y todos se integran y complementan mutuamente. Nuestra vida de mujeres consagradas sólo tiene sentido si está al servicio de la misión, al servicio del Evangelio. Cada una de nosotras estamos llamadas a alzar nuestra voz como Pablo y hacer nuestras sus palabras “ay de mí si no anuncio el evangelio”, sintiendo “este anuncio”, como un deber que me pertenece y que no lo puedo delegar.

En las decisiones del 35° Capítulo General, tenemos fuertes llamadas en la línea de la misión. Se nos recuerda que “somos portadoras de un carisma que tiene mucho que aportar hoy a un mundo con situaciones de división y ruptura, necesitado de una imagen de Dios que le recuerde la misericordia y comunión; un mundo con espacios de pobreza y sufrimiento que necesitan reparación y compasión; un mundo separado con frecuencia de Cristo que necesita el testimonio de la cercanía y el amor de nuestro Buen Dios”. Se nos habla de la necesidad de “priorizar la nuevas urgencias y gritos del mundo actual”.

Estas llamadas nos conectan directamente con la necesidad de revitalizar a nivel personal y comunitario, “*el celo misionero*”. “*Por vocación estamos comprometidas a participar en la misión de Jesús, anunciando la Buena Noticia del Amor, único que repara, libera y reconcilia plenamente*”(Const. 57). Para reavivar este ardor evangelizador se nos hace urgente, apoyarnos en aquellos discípulos y misioneros de Jesús, que acogieron y asumieron la misión de anunciar el Evangelio, como un maravilloso y sublime encargo al que entregaron su vida hasta el final. “*Me siento el misionero más feliz del mundo*” (Damián). “*Quiero consumirme como un cirio*” (BM).

“Por vocación estamos comprometidas a participar en la misión de Jesús, anunciando la Buena Noticia del Amor...”(Const. 57).

El anuncio auténtico lo viven los testigos, el testimonio se constituye en la fuerza fundamental para evangelizar. Jesús confía su misión a testigos “*ustedes recibirán la fuerza del Espíritu Santo y de este modo serán mis testigos*” (Hech 1.8). El testigo sólo se fragua en la experiencia del encuentro con el Señor, es en este encuentro donde el discípulo experimenta su amor y misericordia, y se vuelve testigo de un encuentro que invita a un encuentro; ha vivido una experiencia y quiere que otros tengan y vivan la misma experiencia. “*Yo he recibido del Señor lo mismo que les he transmitido*” (1 Co 11, 23). Pablo no inventa nada, es fiel a lo que ha recibido, el anuncio de evangelio es cuestión de fidelidad.

El mensaje de Cristo no lo podemos inventar cada una a nuestro gusto. El testimonio sobre Cristo resucitado requiere de una cadena de testigos, no podemos testificar aisladamente. Nosotras somos testigos, porque hay otros testigos que nos precedieron, otros testigos que nos acompañan y otros testigos que nos seguirán. “*El celo que animó a la comunidad primitiva, nos impulse a colaborar con el pueblo de Dios, para promover la comunión en la Iglesia y en el mundo, sobre todo allí donde el Amor no existe*” (Const 58). Somos herederas de una misión, de una Buena Noticia, que tiene que convertirse en bendición para todos aquellos hermanos, necesitados de amor, y donde su vida está permanentemente amenazada. Somos nosotras las responsables de que el amor, la misericordia y la bendición de Dios se encarnen en aquellos a quienes somos enviadas.

Somos nosotras las responsables de que el amor, la misericordia y la bendición de Dios se encarnen en aquellos a quienes somos enviadas.

Si tenemos los ojos y el corazón abiertos a las necesidades del mundo, nos vamos a dar cuenta que éstas son cada vez mayores y más numerosas; más hombres y mujeres, que necesitan y buscan el testimonio de la cercanía y el amor de nuestro Buen Dios. Al mismo tiempo podemos experimentar que no damos respuesta a todas estas necesidades como quisiéramos, lo que en algunas ocasiones nos puede producir frustración y desánimo. En momentos como estos, nos puede ayudar mucho recordar esta frase de André Frossard: “*Dios sabe contar sólo hasta uno*”. Dios no ama a la humanidad en abstracto y en masa, sino que su amor llega a hombres y mujeres concretos en su realidad personal. Yo creo que nuestra manera de anunciar el Evangelio, tiene que ser desde la cercanía a cada persona, desde lo pequeño, lo sencillo, lo que llega al corazón, desde el encuentro personal. Se nos invita a anunciar la Buena Noticia desde la espiritualidad del encuentro, desde el encuentro con el otro en su realidad concreta.

Para anunciar la Buena Nueva del Amor, necesitamos recuperar el valor del encuentro interpersonal, del tiempo perdido en el tú a tú. Un anuncio hecho diálogo con y desde el evangelio; un diálogo que lleva a escuchar las verdaderas necesidades de nuestros hermanos, compartirlas, buscar juntos su sentido, horizonte y esperanza. Una Buena Noticia que se convierte en gesto, en palabra, en actitud y en compromiso. El ser humano de hoy, los destinatarios de nuestra misión, tienen necesidad “*de encuentro, de diálogo, de escucha, de relaciones de calidad, de espiritualidad,*

de ternura... Necesitamos ser ricos en relaciones, en sentimientos, en afectos, en espíritu...”
(Mariola López).

En un contexto como éste, caben muy bien las palabras de la Buena Madre *“somos necesarias para el Corazón de Dios”*. Necesarias para acercarnos a cada persona con gestos y actitudes concretas que les hablen del amor y la misericordia de Dios hacia cada una de ellas. Necesarias para tocar el corazón humano a la manera de Jesús.

“nada tiene sentido, si no tocamos el corazón de las personas”.

“sé que nada tiene sentido, si no tocamos el corazón de las personas.

*Para esto muchas veces basta ser:
regazo que acoge, brazo que envuelve,
palabra que conforta, silencio que respeta,
alegría que contagia, lágrima que corre,
mirada que acaricia, amor que motiva”* (Cora Caralina).

Dejemos que el Señor nos incorpore a su proyecto de Amor, un proyecto que ocupe todo nuestro ser y hacer. Dejemos que los valores del Evangelio definan nuestra vida, convirtiéndonos en signos del amor de Dios, hecho palabra, gesto y acción concreta. Que estar al servicio del Evangelio sea nuestra mayor preocupación y ocupación, no importa nuestra edad, número, fuerzas humanas...; lo importante es entregar con alegría y decisión nuestros *“cinco panes y dos peces”*, y el Señor hará el resto; es una cuestión de amor. Que ésta sea la manera de hacer visible el compromiso público que cada una hicimos, el día de nuestra profesión religiosa *“a cuyo servicio quiero vivir y morir!”*

Pidámosle al Señor que nos envíe una y otra vez la fuerza de su Espíritu, para que nos convierta en mujeres llenas del espíritu del Evangelio a ejemplo de la Virgen María, discípula y misionera de la Paz.